

¿QUÉ ES FILOSOFÍA?

Érase una vez un gran banquete de dioses que celebraban el nacimiento de Afrodita. Todos estaban invitados: nobles y plebeyos, menestrales y soldados, sabios y chiflados. Entre esta multitud de personas de encontraba también el hijo de Metis (sabiduría), Poros, que pronto se retiraría al jardín a consecuencia del consabido efecto adormecedor del néctar. Al final del banquete llegó la Pobreza para mendigar, como era de prever siempre que se celebraba un festín, y al encontrar a Poros tumbado en el jardín «pensó en hacerse preñar por Poros y acostándose a su lado concibió el Amor».

Así el Amor debe su carácter a ser hijo de Poros y de la Pobreza: «En primer lugar, es siempre pobre y está lejos de ser delicado y bello como lo supone el vulgo, por el contrario, es rudo y escuálido, anda descalzo y carece de hogar (...) Mas por otra parte, según la condición de su padre, acecha a los bellos y a los buenos, es valeroso, intrépido y diligente; cazador temible, que siempre urde alguna trama; es apasionado por la sabiduría y fértil en recursos: filosofa a lo largo de toda su vida y es un charlatán terrible, un embelesador y un sofista. Por su naturaleza no es ni inmortal ni mortal, sino que en un mismo día a ratos florece y vive, si tiene abundancia de recursos, a ratos muere y de nuevo vuelve a revivir gracias a la naturaleza de su padre. Pero lo que se procura siempre se desliza de sus manos, de manera que no es pobre ni tampoco rico. Se encuentra en el término medio entre la sabiduría y la ignorancia. Pues he aquí lo que sucede: ninguno de los dioses filosofa ni desea hacerse sabio, porque ya lo es, ni filosofa todo aquel que sea sabio. Pero a su vez los ignorantes ni filosofan ni desean hacerse sabios, pues en esto estriba el mal de la ignorancia: en no ser ni noble, ni bueno, ni sabio y tener la ilusión de serlo en grado suficiente. Así, el que no cree estar falto de nada no siente deseo de lo que no cree necesitar.

-Entonces, ¿quiénes son los que filosofan, Diotima -le dije yo-, si no son los sabios ni los ignorantes?

-Claro es ya incluso para un niño -respondió- que son los intermedios entre unos y otros, entre los cuales estará también el Amor. Pues es la sabiduría una de las cosas más bellas y el Amor es amor respecto de lo bello, de suerte que es necesario que el Amor sea filósofo y, por ser filósofo, algo intermedio entre el sabio y el ignorante».

Hasta aquí el relato del mito que asocia el nacimiento del amor con la filosofía, tal como lo plantea Platón al final de *El banquete*. Un paralelismo que le sirve para explicar cómo el oficio de pensador se encuentra a medio camino entre la sabiduría y la ignorancia, entre los dioses y los hombres, entre el ser y la nada. Un carácter dubitativo que ha impregnado a esta materia, obligando a los filósofos a replantear continuamente la posibilidad misma del cultivo del pensamiento, sobre todo desde que la ciencia ocupa un lugar de privilegio en el ámbito del conocimiento: ¿ser o no ser?. Los filósofos, ya lo decía Manuel Sacristán, son «especialistas en el ser y la nada», sobre todo en la nada, hablan de cualquier cosa sin saber de la misa la media, como sobradamente demuestra también este libro y la torpeza de su autor.

Ni los sabios ni los ignorantes se dedican a cultivar el excelso arte de las ideas, más bien todo lo contrario: los primeros porque no lo necesitan, ya que disfrutan de la plenitud de la sabiduría, en la universidad o en cualquier otra forma pasada o presente de Olimpo, y los segundos porque son tan ignorantes que no saben ni siquiera que no saben: «El mal de la ignorancia es precisamente éste, creer que se posee belleza, bondad y sabiduría suficientemente cuando, de hecho, se carece de ella, y quien no cree carecer de algo no desea lo que cree que no le falta». Estamos de acuerdo, pues, en que sólo pueden ser filósofos los que se encuentran viajando en algún punto intermedio de este recorrido.

Llegados a esta encrucijada intelectual, los turistas que quieran explorar el camino del pensamiento tienen dos posibilidades, al menos por lógica: orientar sus pasos hacia la sabiduría o tomar la dirección contraria y dirigirse hacia la ignorancia. Desde que Pitágoras bautizó el oficio de pensar como «amor a la sabiduría», se ha creído que la ruta más sensata para practicar esta actividad era la primera, apartando la segunda posibilidad como un trayecto peligroso. La ruta que ahora, precisamente, os propongo que hagamos juntos es una decidida zancada hacia la barbarie, el juego, la sinceridad, la simplicidad... En una palabra, la infancia.

No es que sea un planteamiento original, buena parte de la tradición clásica reconoce que el pensamiento proviene de dos impulsos: la admiración y la duda. «La admiración es la actitud de un hombre que ama verdaderamente la filosofía», escribe Platón en el *Teeteto*. Aristóteles también lo reconoce en un famoso fragmento al que ya he hecho referencia anteriormente. En palabras de Albert Einstein: «Lo más bello que podemos experimentar es la cara misteriosa de la vida. Es la cuna, el sentido fundamental, del verdadero arte y de la verdadera ciencia. Quien no lo conoce, quien no es capaz de maravillarse ni de sorprenderse, es hombre muerto. Sus ojos se han apagado». Matisse escribe: «La creación comienza en la visión. Ver ya es una operación creadora que exige un esfuerzo (...) El artista ha de llegar a ver cualquier cosa como si la viera por primera vez». Una capacidad de admiración que vamos perdiendo con la edad y que sólo conservan los que de alguna manera aún son niños. Julio Cortázar decía que para escribir se ha de ser como un niño que no pierde nunca la capacidad de fascinación ante el mundo.

Para pensar es igualmente importante retener esta misma facultad de extrañeza ante la existencia: la capacidad de sorpresa ante el calor de los cuerpos vivos (Heráclito), la admiración hacia el renovado espectáculo del alba (Hume), la estupefacción del comentario de unos ejercicios militares contemplados desde una colina (Aristóteles), la expectación nocturna bajo la refulgente cúpula del universo (Kant), la fascinación del nacimiento (Sócrates), el deslumbramiento que provoca el hábito de hablar (Heidegger), reír (Wittgenstein) o soñar (Freud), o hasta el entusiasmo por el vuelo de una mosca (Wingenstein) ejemplifican suficientemente esta capacidad de sorprenderse que ha de tener el filósofo ante lo ordinario. «Fue en mi habitación infantil de juegos donde aprendí mi primera y última filosofía, aquella en la que creo con una firme convicción», escribe Chesterton.

Una capacidad de extrañeza a la que hay que sumar el escepticismo, las ganas de problematizarlo todo. Si la admiración es una emoción que resalta los elementos discordantes del vivir -desde el precio de unos zapatos a las conclusiones de la conferencia episcopal, pasando por las previsiones de la inflación-, la duda nos permitirá siempre ir un poco más allá cuestionando las raíces de las evidencias. «El cine», decía Buñuel, «nunca ha de dar respuestas, sino plantear preguntas.» La filosofía, como ya he comentado en la introducción, me parece que debe hacer algo muy parecido. La duda no es sólo la forma más propia de expresión del pensamiento, sino que incluso representa, como intentó demostrar Descartes, la prueba más fehaciente de nuestra existencia. Quizás es una deformación profesional: si un alumno en clase cuestiona lo que le decimos es que está «vivo», si un compañero expresa vacilación es que no se ha convertido del todo en un «zombi», si un autor titubea es que en sus libros palpita el pensamiento. La vida es oscilante, disyuntiva, equívoca. ¿Por qué esperamos, entonces, que el pensamiento, que es parte de la vida, sea diferente?

«Filósofo, en efecto, es el que ve en cada respuesta o claridad un nuevo problema o una nueva oscuridad. De aquí que en lugar de responder las preguntas tienda a llevarlas más allá y hay que reconocer que en eso se parece mucho a las criaturas», afirma Rubert de Ventós. Los niños, como sabemos todos y también plantea este mismo autor, hacen más preguntas de la cuenta: «"Por qué trabajas todo el día, papá?", pregunta el hijo con curiosidad. "Para que puedas ir a la escuela", responde el padre atento. "¿Y por qué he de ir a la escuela?", replica el niño insistente. "Para estudiar y aprender muchas cosas", contesta el padre, ufano. "¿Y por qué he de aprender muchas cosas?", plantea nuevamente el mocoso impertinente. "Para que cuando seas mayor puedas ganarte la vida", responde el padre aturdido. "¿Y por qué tengo que ganarme la vida, papá?", acaba interrogando el

chaval. "¿Para poder casarme, tener hijos... y que mis hijos vayan a la escuela?... Entonces yo voy a la escuela para que mis hijos vayan a la escuela, porque..."».

La filosofía es la resistencia que algunos seres plantean en forma de sorpresa o interrogantes a las evidencias que el paso del tiempo nos impone. Un oficio de Peter Pan que nos lleva a rebelarnos contra la seguridad, el orden, el aturdimiento de una madurez que no sabemos o no queremos entender: Peter Pan es la maravillosa historia de un niño que no crece, y de Wendy, y de cómo ella y John y Michael aprenden a volar, y de cómo se van a la tierra de Nunca jamás y de cómo se enfrentan a unos terribles piratas. Unos escenarios exóticos que también encontraremos en las obras de nuestros protagonistas, los filósofos: mazmorras, islas, palacios, desiertos, montañas, cabañas, ciudades y pueblos servirán para envolver una acción no menos trepidante que la que nos describe el escritor escocés James Matthew Barrie en una de las novelas más famosas de todos los tiempos, publicada a principios de nuestro siglo.

El mismo momento, 1928, en que Samuel Beckett conoció a James Joyce en París. El autor de *Ulises* vivía rodeado por la admiración de un grupo de escritores jóvenes que corregían pruebas del maestro o le hacían todo tipo de trabajos sucios. Muy pronto, sin embargo, entre estos dos literatos nacería una amistad que se mantendría durante años y que superaría serias pruebas: el intercambio de ropa o de dinero no fueron las más pequeñas. Una relación que sólo se rompería, intelectualmente hablando, porque Beckett no aceptaba el principio que regía la obra de su maestro: «El conocimiento exhaustivo es una manera creativa de entender el mundo para poder controlarlo», y había escogido como divisa una idea de Demócrito: «Nada es más real que la nada».

Unas ganas de buscar tres pies al gato que también caracterizan el presente y el futuro de la ciencia. Las seguridades, las evidencias, las concordancias, en este ámbito, aunque definen los conocimientos, se sitúan claramente en el pasado, sobre todo porque no nos permiten avanzar. Esta posibilidad se vería truncada sin la facilidad de estupefacción al contemplar el titilar de un nuevo astro en el cielo o ante la maravillosa trayectoria descendente de una manzana o la capacidad de cuestionarlo todo, que rige el día a día y el horizonte más inmediato de la tarea de los investigadores. Un anhelo de escrutar el universo que la mayoría de las veces ni siquiera les permite cerrar los interrogantes que se atreven a sugerir. Tomando parcialmente el inventario que plantea Jesús Mosterín: ¿de qué está hecho el cosmos? (el 90 de la materia del universo es materia oscura), ¿cómo se originó la vida? (no sabemos cómo se formó la primera célula, ni siquiera la primera molécula de RNA) o ¿cómo funciona el cerebro? (del cerebro desconocemos sus principios generales). «No sé lo que el mundo pensará de mí, pero yo me veo solamente como un niño jugando en una playa, divirtiéndome cuando encuentro de vez en cuando un guijarro más liso, mientras que el gran océano de la verdad se extiende completamente desconocido ante mí», comentó Newton ante una reunión de discípulos embelesados.

«Sólo sé que no sé nada» afirmó paradójicamente Sócrates, el padre de la filosofía occidental, al explicar el tema del conocimiento. Un reconocimiento de la ignorancia que da alas al conocimiento, que incita la curiosidad, que infla las velas del aprendizaje. Sin este momento inicial, cruel, sincero y tiránico es muy difícil emprender cualquier proyecto intelectual. Saber que no se sabe siempre es mejor que pensar que se sabe y no saber nada, y sobre todo mucho menos patético. «Quien lo entiende todo... es que está mal informado», afirma Xavier Rubert de Ventós recogiendo el pensamiento de un sabio chino. Heidegger escribe: «Quizá sea la filosofía la que de manera más penetrante y persistente enseña lo principiante que es el hombre. Filosofar, al fin y al cabo, no significa más que ser un principiante».

Hay dos tipos de personas, las que intentan aclarar sus dudas, buscando explicaciones a todas las preguntas que se plantean, con un deseo neurótico de comprensión, de «verlo todo claro», los devotos de las exclamaciones, y los que cuestionan las evidencias que los anteriores van construyendo, elaborando nuevas preguntas, con un deseo, no menos patológico que el anterior, de incompreensión, de «no verlo con claridad», los fieles a los interrogantes. Sin ninguna duda, los filósofos, los científicos, los literatos y todos los creadores son del segundo tipo.

La filosofía es un niño de la calle, un vagabundo que duerme en el suelo, como todos los marginados, en el umbral de las puertas de las academias, que va descalzo y no tiene casa, pero que conserva la dignidad de una riqueza pasada en forma de carácter decidido, vehemente, charlatán, apasionado, embaucador e intrigante. Un pordiosero que mendiga y que acostumbra a elegir siempre los caminos menos frecuentados, no se sabe si por convicción o para huir de los escuadrones de la muerte de la ciencia que le persiguen: al observar la procesión de gente con ricas carrozas y ofrendas que se dirige a los templos consagrados a la seguridad, la verdad, el conocimiento y la sabiduría, seguro que le veremos cambiar de sentido y orientar su paso vacilante en dirección contraria, hacia la tierra prometida de los simples, necios y profanos, el mundo de los niños y las paradojas.

Desde el primer momento los filósofos son viajeros, desarraigados que buscan fuera todo lo que no encuentran entre sus vecinos. Los presocráticos, los sofistas, los clásicos, los modernos, todos manifiestan el mismo talante. Una práctica que les confiere la posibilidad de ser extranjeros, incluso en su casa. Este hábito representa el mejor antídoto contra el aburrimiento: la posibilidad de mirar siempre con ojos nuevos lo que nos rodea. La filosofía es una actividad intelectual inventada por griegos trotamundos y que se contagia, como escribe Savater, viajando o hablando con viajeros. Un tránsito continuado que identifica al pensador con la desazón perpetua de buscar nuevos horizontes especulativos. El filósofo es un aventurero, un exiliado perpetuo, un pendenciero contumaz.

Hacer filosofía es, pues, estar en camino, el mismo atajo que lleva de la ignorancia a la sabiduría, pero encarándolo en sentido contrario y no sólo porque en filosofía las preguntas son más importantes que las respuestas, sino sobre todo porque la verdad, para un filósofo, es mucho más intolerable que el desconcierto. Y es que, bien mirado, cualquier pregunta llevada un poco más allá de la cuenta no tiene respuesta, sino que nos lleva directamente al absurdo, a una paradoja. Sólo hay respuestas cuando somos prudentes y nos detenemos allí donde nos indica la urbanidad o el sentido común de los adultos: «Lo más incomprensible de este universo es que sea comprensible», afirma Einstein. «El camino arriba y el camino abajo es uno y el mismo», advierte Heráclito. «Sólo sé que no sé nada», admitía sinceramente Sócrates. «Sólo creemos entender perfectamente... lo que, en el fondo, no nos importa», sentencia un verso de J. V. Foix. «Z. no sabía si no entendía lo que le pasaba, o es que le pasaba justamente lo que no entendía», escribe Pere Saborit. «Nada es tan evidente como la nada», había anunciado Demócrito...

Filosofar es una revuelta candorosa contra el tiempo y las evidencias que nos impone, expresada en forma de embelesamiento y preguntas. Mientras que enseñar filosofía consiste básicamente en saber contagiar la capacidad de contemplar las maravillas que se esconden tras las evidencias. En dos palabras: no reducir lo que es extraño en familiar, sino convertir lo que nos es familiar en extraño. El filósofo no es más que un niño travieso que no quiere perder esta habilidad mientras juega cerca del precipicio de la ignorancia... Una criatura que es lo bastante inconsciente o lo bastante valiente para, llegado el momento, dar un paso adelante, como el gato Félix al final de la obra más emblemática de Michel Foucault, que avanza con paso firme hacia un abismo y de repente descubre, «can el espectador, que ya no hay tierra bajo sus pies».

Respuesta breve: ¿Qué es la filosofía? Un candoroso trayecto de la perplejidad al desconcierto.

PARA CONTINUAR LEYENDO

Rubert de Ventós, Xavier, ¿Por qué filosofía?, Barcelona, Península, 1998.